

# ENTREMESES

DE

## DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA

82

### I.—El ingenioso entremés del examinador Miser Palomo.

COMPUESTO POR DON ANTONIO DE MENDOZA,

*Gentilhombre del conde de Saldaña.*

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

MISER PALOMO.  
LUQUILLAS, su criado.  
UN MESONERO.  
UN TOMAJÓN.  
UN CABALLERO.  
UN NECIO.

UN ENAMORADO.  
UN VALIENTE.  
UN GRACIOSO.  
TRES MÚSICOS.  
DOS MUJERES.<sup>1</sup>

*Salte MISER PALOMO, lo más ridículo que pudiera vestirse, y LUQUILLAS, su criado, con una lista de papel en la mano, y un MESONERO santiguándose.*

MISER PALOMO.

No tiene que admirarse, amado huésped, que esta comisión, muy verosímil, y la ocasión que digo, es urgentísima: yo he de exceder mi oficio rectamente, mi caro albergador; ya sabe el pueblo que ha venido el doctor miser Palomo á examinar á todo buscavida, sabandijas del arca de la corte, donde se acoge tanto vagamundo como en diluvio universal del mundo.

MESONERO.

Por cierto usted, <sup>2</sup> Dios le bendiga, trae tan gran comisión...

<sup>1</sup> Más abajo de este título hay dos figuritas que llevan encima estos letreros: «Caballero», «M. Palomo». Y al pie: «Con licencia, impreso en Valencia, junto al molino de la Roveña, 1620. Véndese en la misma Imprenta.»

Es el primer caso que conocemos de la impresión de un entremés suelto.

<sup>2</sup> Este verso, incompleto y defectuoso, debe leerse: «Por cierto, vuestro, Dios le bendiga.» Así consta en las *Obras líricas y cómicas* del autor (Madrid, 1728, p. 465.)

MISER PALOMO.

Como barriga, iba á decir, el bien barbado huésped; ya le entendí: prevenga, elija, escoja un tribunal, á quien yo soy decente; que me autorice, no, que me sustente.

MESONERO.

Dígame vuestro y haráselo luego. ¿Cómo tan gordo está?

MISER PALOMO.

Soy veraniego.

MESONERO.

Solemne bellacón parece el dómine.

MISER PALOMO.

Preguntador parece el mesonista.

MESONERO.

Aquí la silla está.

MISER PALOMO.

*Comodabuntur (Sientase.)  
ego mecum sentare.*

MESONERO.

Poco á poco, que si en latín vuesa merced se sienta, se nos caerá la casa en buen romance.

MISER PALOMO.

No osará, que también comisión traigo para que no se caiga cosa alguna.

MESONERO.

Parece comisión de la fortuna.

MISER PALOMO.

¿Chistecico en mesón? A espacio, espacio. ¿Nada nos queda ya para palacio?

*(Vase el MESONERO y sale el TOMAJÓN.)*

TOMAJÓN.

Beso á vusted las tuyas muchas veces.

MISER PALOMO.

No vi agradecimientos tan tempranos, ¿pues cuándo le he besado yo las manos?

TOMAJÓN.

Soy astrólogo yo en la cortesía.

MISER PALOMO.

¡Bueno, que ya se besa en profecía! ¿Qué tiene por acá?

TOMAJÓN.

Miser clarísimo, de tomajón deseo examinarme.

MISER PALOMO.

Es oficio barato y muy sabroso, aunque en la corte ahora vive ocioso; ¿cómo ha nombre?

TOMAJÓN.

Durango.

MISER PALOMO.

Es muy seguro; mas para quien ha de dar, no es bueno el duro. Diga ya el tomajón.

TOMAJÓN.

Yo soy un hombre que tomo y pido sin cansar á nadie; soy gaceta común de casa en casa, contando cuanto pasa, y que no pasa. Tengo heridas famosas por el filo. Si es vano el tal señor, le digo luego que descende del conde Perauzules; si es tierno, que me dijo cierta ninfa que no hay tal caballero en toda Illescas; si es bravo...

MISER PALOMO.

Cosa vil tener tal nombre.

TOMAJÓN.

Que le tiemblan los moros de Getafe; si pica en discreción, que escribe y habla mejor que Garcilaso y que Demóstenes; y, aunque sea un indiano en la miseria, le digo que es más pródigo que el Hijo; y si con estas cosas no se ablanda, le embisto con dos tonos Juan Blaseños, y lo que reservé á su cortesía, echando con primor por el atajo, se lo vengo á pedir por mi trabajo.

MISER PALOMO.

¡Oh, que sois un legón!; que os ha faltado el más sutil primor y más usado: lo de no hay tan gran príncipe en España, y el decir mucho mal de uno con otro, no lo ignora el tomajón más potro.

Andar, señor, andar, y en quince días de mercedes, de vos, de señorías, no toméis un cuatrín sin mi licencia.

TOMAJÓN.

Ellos me ayudarán á la obediencia.

*(Vase el TOMAJÓN y sale un CABALLERO.)*

CABALLERO.

Mantenga Dios al buen miser Palomo.

MISER PALOMO.

Sí mantendrá, que es lindo mayordomo.

CABALLERO.

De caballero vengo á examinarme.

MISER PALOMO.

Muy importante le será el no serlo, si es que no quiere más de parecerlo. ¿Qué nombre?

CABALLERO.

Don Juan Bilches.

MISER PALOMO.

Poca cosa; mas campando, por mi vida, el Bilches, el Bilches sólo digo, me hace asco; conviértale en Hernando de Velasco y prosiga.

CABALLERO.

Estudié caballería, y tengo un par de cursos de enfadoso, y algunas señorías regateo, y con hijos segundos me voseo. Dudo las excelencias, y he jurado á fe de caballero, entré dos títulos; sin que me hiciese mala la cabeza, he ido en las testeras de tres coches con un conde, un marqués y un casi duque; yo paseo la plaza en fiestas públicas, y topando una mula, digo luego: «Excelente caballo de los toros», y afirmo que respunta la carrera. Por sólo un arador, llamé dos médicos y comí carne toda una cuaresma; de una mosca en verano tengo agüero, y porque oí que el duque de Sajonia estaba con catarro: en aquel punto despaché por bayetas á Sevilla. Miento con muy buen aire y desembozo, que el mentir recatado de la gente eso es cosa de hidalgos solamente.

MISER PALOMO.

¡Oh, que os falta un palillo en el sombrero para ser empalado caballero! ¿Don tenéis?

CABALLERO.

¿Cómo don? Guadarnés tengo.

MISER PALOMO.

En verdad, en verdad, que estáis muy próximo á ser un caballero celeberrimo; ¿bebéis agua?

CABALLERO.

Señor, mejor el vino.

MISER PALOMO.

¡Jesús, pobre de mí, qué desatino!, aunque tenéis buen gusto; pero ahora sépaos mejor el vino, y bebed agua, sin que nunca os contente la bebida: fresca llamad la fría, y llamad cálida á la fresca, buscando extraños modos que, como un caldo, ya lo dicen todos. Otro punto: en gobierno de la gorra, ¿qué medio habéis tomado?

CABALLERO.

Señor mío, escaseo con todos mi sombrero; vive con gran descuido, no trabaja, porque el ser muy cortés es cosa baja.

MISER PALOMO.

En recién caballeros me contenta el ser inexorables de bonete; pero advertid, para que vayáis más docto.— Luquillas, el sombrero del examen. Gorrear de esta suerte á todo el mundo: al hidalgo, á los ojos y á la boca; al caballero, al título, á la barba; al grande, al pecho; al rey, á la rodilla; al Papa, hociadura, y de este modo acabaréis de ser pesado en todo.

CABALLERO.

¿Puedo ser caballero en todo el reino con doctrina tan nueva y tan famosa?

MISER PALOMO.

Serlo y decirlo, que es más fácil cosa.

(Váse el CABALLERO y entra el NECIO.)

NECIO.

Yo vengo á examinarme de ser necio.

MISER PALOMO.

Viviréis muy contento de vos mismo. ¿Sois muy dichoso?

NECIO.

En esto solamente no he sido necio.

MISER PALOMO.

Vamos al examen: nombraos.

NECIO.

Yo, don Domingo.

MISER PALOMO.

¡Don Domingo!... Necio sois de guardar en todas partes; mas, pues, tan necio sois, llamaos don Martes.

NECIO.

Hablo en todas las cosas que no entiendo, pensando que las sé mejor que todos; métíme á lo arquitecto, y dije un día mirando al Escorial: ¿qué insigne fábrica si tuviera de sitio más un dedo!

MISER PALOMO.

Es tacha del Alcázar de Toledo.

NECIO.

Diré una pesadumbre al más amigo, creyendo que le digo una lisonja; haré misterios de que vuela un pájaro; detendré á un delincuente que va huyendo, para darle no más las buenas pascuas; porfiaré con el mismo calendario sobre si la Cuaresma empieza en miércoles. Soy mal seguro, malicioso y grave, y en el entendimiento, ¡Dios nos libre!, que á todos los que miro como ajenos ó los estimo en poco, ó tengo en menos.

MISER PALOMO.

Á fe de examinante, que no he visto necio de más cultura en toda Europa. Sólo una cosa os falta, eficacísima, para neciopreciado de discreto: que es trocar los frenos á las pláticas, entre valientes, el tratar de letras, entre letrada gente de montantes; el saber de los libros sólo el título; referir un soneto del Petrarca, no entendiendo de Italia el «non lo vollo»; por lo culto decir, en viendo un rábano, que las hojas no están conforme al arte; y con esto seréis muy necio luego, blasonando en latín y hablando en griego.

NECIO.

Con esto soy, señor, muy enseñado.

MISER PALOMO.

Dios os haga buen necio y buen cansado. (Váse.)

LUQUILLAS.

¿Otro más de quejoso?

MISER PALOMO.

No le quiero; ¡qué pesadón viniera el escudero!

LUQUILLAS.

Otro pide el examen de menguado.

MISER PALOMO.

Dile que aprenda á ser desconfiado.

LUQUILLAS.

Otro pide el examen de envidioso.

MISER PALOMO.

¡Qué descontenta vivirá la bestia! Dile que estudie en vil y en hombre bajo para que envidie con menor trabajo.

LUQUILLAS.

De entremetido hay otro que le pide.

MISER PALOMO.

Á ese le diera yo cuarenta palos; ¡qué aborrecible gente! Lucas, dile que sufra seis desprecios cada noche, esquina en mesa y pesebrón en coche.

LUQUILLAS.

Otro también...

MISER PALOMO.

¿De qué?

LUQUILLAS.

De confiado.

MISER PALOMO.

Dile que ya está el necio examinado.

LUQUILLAS.

Otro más...

MISER PALOMO.

¿De qué cosa?

LUQUILLAS.

Truanería.

MISER PALOMO.

Moderna la llamad filosofía. No traigo comisión para truanes, porque está reservada al cartapacio de los protobufones de palacio.

LUQUILLAS.

De hombre de bien examen pide un hombre.

MISER PALOMO.

De lo que no se usa no hay examen.

LUQUILLAS.

Cuatro piden el examen de fulleros.

MISER PALOMO.

¿Cuatro no más?; estéril primavera: los que hay más de diez mil, los parta un rayo. Gente de flor, que la examine Mayo.

LUQUILLAS.

Dos piden el examen de ladrones.

MISER PALOMO.

¿Por qué no se juntarán con los cuatro? Ya estarán esperando una malicia. ¡Qué cosa para mí!: paciencia, hermanos, porque no he de nombrar los escribanos.

LUQUILLAS.

Dos piden el examen de doncellas, y pienso...

MISER PALOMO.

No hay pienso, ¡oh lenguas críticas!; decir mal de mujeres, baja cosa.

LUQUILLAS.

Las doncellas, señor, no son mujeres.

MISER PALOMO.

Al revés, que no sabes cono cellas: las mujeres, rapaz, no son doncellas.

LUQUILLAS.

De amor viene aquí un hombre á examinarse.

MISER PALOMO.

Vendrá muy misterioso el majadero.

*Sale el ENAMORADO lleno de cintas y favores.*

ENAMORADO.

Esa gentil presencia y dulce agrado, vea yo enhorabuena, que me debe, no de mi amor demostraciones pocas.

MISER PALOMO.

Hermano, ¿qué dejáis para unas tocas? Examinaos, tontón; hablad barbado. ¿Que puede ser un necio enamorado! ¿Cómo os llamáis?

ENAMORADO.

Don Carlos.

MISER PALOMO.

Mentecato; el nombre que tomáis de emperadores. Don Marcos os llamaréis, sin replicona; para el Marco tenéis gentil persona.

ENAMORADO.

Tengo en amar muy bien guisado el gusto; quiero á las viejas más que no á las mozas, porque ha más tiempo al fin que son mujeres; y porque el remudar es grande aliño; yo quiero más dos feas que una hermosa.

MISER PALOMO.

Que el tropo variar es bella cosa.

ENAMORADO.

Yo escribo cien billetes cada día sin que lleven merced, ni vos, ni túes.

MISER PALOMO.

¿Hay flechecita?

ENAMORADO.

Y también corazoncito.

MISER PALOMO.

Amante podéis ser de Carajete.<sup>1</sup> Y en fin de casamiento, ¿á vuestras damas no enviáis luego cédula?

ENAMORADO.

Enviaréla.

MISER PALOMO.

El cedulón, preciosa bagatela. Cédula á cada paso no me agrada, que un cedulón anuncia vicariada. De suspiros, de lágrimas y quejas, ¿cómo os va, cómo os va?

ENAMORADO.

Señor Palomo, si suspirara yo, ¿qué me faltaba?

<sup>1</sup> En las Obras dice «Peralvillo».

MISER PALOMO.

¿No suspiráis? Enamorado infausto.

ENAMORADO.

Dicen que es á lo antiguo, y no me atrevo.

MISER PALOMO.

No importa, no tenéis de qué afligiros; ya está acabado el mundo, no hay suspiros. ¿Os han dado favor secreto ó público?

ENAMORADO.

En eso yo me tengo mi capricho; no me han dado favor, mas helo dicho.

MISER PALOMO.

Ya todos lo decimos, y aún diremos, que en esto del amor, mi buen don Marcos, lo que fué un tiempo gusto, es ya fanfarria; por examen llevar este consejo: no sólo en el favor no habléis mentiras, más también, si podéis, callar verdades.

(Vase el ENAMORADO y sale un VALIENTE.)

VALIENTE.

¿Qué flor?

MISER PALOMO.

¿Con quién lo habéis?

VALIENTE.

¿Qué flor, pregunto?

MISER PALOMO.

Si por mí lo decís, tinaja, hermano,

VALIENTE.

Dígolo y lo diré por todo el mundo.

MISER PALOMO.

Qué flor, que si hay bostezos de valiente, ¿en qué sois docto, en bota ó en garrafa?

VALIENTE.

Quiero que me examine por estafa. Yo he tenido quinientos desafíos, he hecho sobre el duelo dos comentarios, seiscientos antuviones he pegado y he reñido cien veces en ayunas.

MISER PALOMO.

¿Qué fuera al fenecer las accitunas?

VALIENTE.

Maté un león con este dedo.

MISER PALOMO.

¿Albano?...

VALIENTE.

Y un tigre de una coz.

MISER PALOMO.

¿No sería Ircano?

VALIENTE.

En Asturias de un soplo maté un oso.

MISER PALOMO.

Compadre, examinaos de mentiroso.

VALIENTE.

Y esto es nada. En católica destreza pasmo á don Luis Pacheco de Narváez; con una daga quitaré un montante y con una escobilla un elefante.

MISER PALOMO.

Hombre, ¿qué diablo has hecho en cuanto has

[dicho,

si con tu espada y capa no has entrado en batalla campal con una dueña, y no has hecho abanillos de una peña?

VALIENTE.

Eso déjolo yo para la zurda, que con la diestra soy del mundo azote, y con sólo pegarle un papirote al aire tan veloz, un monte sube, que le dejo clavado en una nube.

MISER PALOMO.

Con tal fuerza, examínate de monja, que esas son hazañuelas baladíes. ¿Ves estos brazos, veslos?...

VALIENTE.

Ya los veo.

MISER PALOMO.

De Guadarrama has visto el puerto rígido, por donde al cielo en altura iguala.

VALIENTE.

Ya lo he visto.

MISER PALOMO.

Pues vete enhoramala.

(Vase y sale el GRACIOSO.)

GRACIOSO.

De gracioso de farsa, examen pido.

MISER PALOMO.

Bien seréis menester, porque hay gran mengua. ¿De qué piezas usáis?

GRACIOSO.

Yo me compongo de unas calzas que peinan los zancajos, de cuello de carbón, sombrero sucio, astrosa capa y vil coletó.

MISER PALOMO.

Amigo,

si el donaire ponéis en lo asqueroso, también un muladar será gracioso. ¿La parola pregunto?

GRACIOSO.

Á lo estudiado, añado yo mis gestos y mis voces, mi mudanza de tono y mi despejo.

MISER PALOMO.

Moderado añadir corto gracejo.

¡Oh!, si vos no tenéis la gratis data, es todo machacar en pueblo <sup>1</sup> frío;<sup>1</sup> En las *Obras* dice «hierro», pero también forma sentido «pueblo»; en el de que los chistes del tal gracioso no le mueven á risa.

## 83

## II.—Segunda parte del entremés de Miser Palomo y Médico de espíritu.

COMPUESTO POR DON ANTONIO DE MENDOZA,

*Gentilhombre del conde de Saldaña.*

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

MISER PALOMO.	EL VANO.
SU CRIADO.	EL MALDICIENTE.
SU AMA.	EL POETA.
DOS CORTESANOS.	LA FIRME.
DESAMORADA Y SU TÍO.	UN MUÑECO. <sup>1</sup>

*Salen dos CORTESANOS.*

CORTESANO PRIMERO.

Digo que ha puesto ahora en San Felipe un rótulo en que dice (á fe ridículo), que el licenciado Dieta, insigne médico, cura cualquier enfermedad de espíritu, cosa que no la vió Platón ni Sócrates, ni la osara emprender el mismo Hipócrates.

CORTESANO SEGUNDO.

No me habléis bernardinias en esdrújulos. ¿Que pasiones del ánimo se curen por medicina?... Desatino extraño: gran victoria dejáis al desengaño. Ya lo intentaron todos los filósofos en sus morales; y Plutarco, y Séneca, y en vano fué, que en todas las edades han sido desdichadas las verdades.

CORTESANO PRIMERO.

Qué, ¿de veras habláis, ó es burla acaso?

CORTESANO SEGUNDO.

¡Qué incrédulo que sois, mentecatazo!

CORTESANO PRIMERO.

¿Y es español ese hombre?

CORTESANO SEGUNDO.

En eso hay duda:

él dice en el cartel que es italiano, y habla tan español, que decir puedo que le parió la calle de Toledo; aunque de cuando en cuando italianiza, y dice «io, el baturro, andiamo adeso», que pienso que ha mamado macarrones. ¡Oh!, ¿qué dijera vuestro insigne Lope sobre el ser celebrado un extranjero? ¿Qué príncipe es Madrid tan novelero! ¡Miradle cómo el vulgo le acompaña!

CORTESANO PRIMERO.

¿El vulgo?... ¡Fuego en quien por él se rige! ¿Qué mal intencionada y ruda bestia! ¿Lo bien que sabe á todas voluntades el platillo civil de novedades!

<sup>1</sup> Lleva también dos figuras y al pie: *Con licencia, en Valencia, por Silvestre Esparsa, en la plaza de los Cajeros, 1628. Véndense á la puerta de Magdalenas. En 4.º*

no os metáis de repente á los Tristanes: tentad primero el vado de estos príncipes; soltaos con calabazas, porque hay muchas; no os canten cuantos silbos, cuantas voces; prosa no la encajéis, que es grande exceso, hasta que en el donaire estéis profeso. Así empezaron todos los antiguos, que á Alosillo, á Basurto, á Lastre, á Osorio no les vino la gracia de abolorio.

GRACIOSO.

Gracioso vendré á ser también del número si trato, mi señor, de obedeceros.

MISER PALOMO.

Como quisieren estos caballeros.

(Vase el GRACIOSO y salen dos MUJERES.)

MUJERES.

¿Vueced nos examina de bailantes?

MISER PALOMO.

¿Baile, y mujeres?; pierdan la esperanza, que no ha de ir lo civil de la mudanza; no tiro yo conceptos de paleta. ¿Bailan de lo galán ó lo travieso?

MUJERES.

De la cintura arriba son bailes nobles.

MISER PALOMO.

De la cintura abajo, Dios los perdone. Como murmuraciones son los bailes, que empiezan blandamente, y vale luego todo bellaquería como en quinolas: vaya un baile con tono de Juan López, ó sea por mi amor el excelente metrópoli de bailes, Benavente.

MUJERES.

¿Ha de bailar vueced?

MISER PALOMO.

Haréme astillas; pero advierta el senado, que llamaban, que no se ha dicho mal de los poetas, que hablar mal de sí mismos, ya fastidia, y piensan que es donaire, y es envidia.

(Cantan y bailan lo siguiente):

« Volvieron de su destierro los mal perseguidos bailes, socarrones de buen gusto y pícaros de buen aire. Blandas las castañetas, los pies ligeros, mesurados los brazos, airoso el cuerpo. Enfadóles el aseco de lo compuesto, y lo grave, que hasta en los bailes causa el cuidado en los galanes. Con qué gracia y donaire la niña baila; ¡oh, bien haya su cuerpo! que todo es alma. En sus bellas plantas lleva mis ojos: si vivir quiere alguno guárdense todos. »

*Entra el MÉDICO, vestido graciosamente, y otros tres ó cuatro que le acompañan.*

(*De dentro.*) ¡Plaza, plaza!

CORTESANO SEGUNDO.

¡Hay aplauso más mecánico?  
Cese el cortejo, menos rumbo, cese.

MÉDICO.

*Retiratio ad profundum exi foras,*  
que me aplice curar *in solitudinē,*  
que delante del pueblo *io non sacho.*

CORTESANO SEGUNDO.

¿Qué nos querrá decir este borracho?

CORTESANO PRIMERO.

Que le dejemos solo, que no sabo  
curar donde le vean.

CORTESANO SEGUNDO.

¡Qué embeleco!  
Cure, ¡pese al bribón!, públicamente.

MÉDICO.

Non volo.

CORTESANO SEGUNDO.

¡Voto á Cristo que se ensancha!

CORTESANO PRIMERO.

Por Dios, que es italiano de la Mancha.  
Ea, no le enojéis; vámonos todos.

CORTESANO SEGUNDO.

¡Lindo, echa cuervos!

MÉDICO.

Vuelva de aquí á un rato,  
que le quiero curar de mentecato.

*Sale la DESAMORADA y su Tío.*

Tío.

Curarte tienes, niña, aunque no quieras.

MÉDICO.

¿Qué cosa, qué volite?

Tío.

Esta loquilla,  
que salud no quiere.

MÉDICO.

¿De qué está enferma  
el pedazo de Abril?

Tío.

Está preñada  
de gusto y afición.

MÉDICO.

¿Está preñada?

Tío.

No, señor, que es doncella.

MÉDICO.

¡Pobre de ella!  
Ya querrán pasatiempo de doncella.  
¡Cuál es el pueblecito! ¡Ah lengua infame!  
¡Ah lengua vil la que á mujer ofende!

¿Sátiras quiere el pueblo? ¡Hay tal desgaire,  
que la malicia juzgan que es donaire?  
Si os holgáis de escuchar que no hay doncellas,  
y celebráis malicias tan livianas,  
gente del diablo, ¿no tenéis hermanas?  
Infamar las mujeres y maridos  
solemnizáis ahora en los tablados;  
gente de Bercebú, ¿no sois casados?  
Mas volviendo á las cosas de mi oficio,  
¿qué enfermedad pillamo, niña hermosa?

DESAMORADA.

Estoy de sequedades achacosa:  
tengo empedrado de desdén el gusto,  
y más dura que un bronce el alma siento.

MÉDICO.

Dársela á un avariento,  
y atájenos la seca y desgana,  
porque os iréis á ética de honrada;  
venga el pulso. ¡Jesús, qué gran sosiego!  
Pues un mozo galán, discreto y bravo,  
no os altera, merece ni dilata.  
¿Qué enfermedad tenéis de mentecata!  
Para ablandar lo duro de ese pecho,  
¿nunca os han ordenado ningún hombre?

DESAMORADA.

No hay ya la medicina que solía:  
es falsa, es lisonjera, es engañosa;  
no es de provecho, que mi abuela dice  
que se acabó la casta de los hombres;  
y los que ahora se usan son pellejos  
de los que ya pasaron, pues los mira  
embutidos de engaño y de mentira.

MÉDICO.

Vuestra abuela mintió cuarenta veces;  
que aún hay hombres de bien. ¡Qué linda es-  
[cuela!

Por Dios que es evangelio el de la abuela.  
¿No apeteceis varón?

DESAMORADA.

Nada apetezco.

MÉDICO.

¿Hay hastío de condes?

DESAMORADA.

Estos días  
me guisaron un par de señorías;  
y no las puedo ver, porque me han dicho  
que, siendo yo la enferma, á pocos lances  
saldrá mi enfermedad (aunque sea poca),  
á mí á los ojos, y á ellos á la boca.

MÉDICO.

¿Es doctrina también de vuestra abuela?  
La previsora plebe ha dado en eso.  
Mi donosa, perded esos temores,  
que siempre los más buenos son mejores.

Tío.

Señor, ¿tendrá salud esta muchacha?

MÉDICO.

Todo es señal de muerte cuanto veo,  
que tiene flacos pulsos el deseo.

DESAMORADA.

No puedo atravesar solo un bocado  
de amor, de voluntad, ni de cuidado.

MÉDICO.

¿Hay amargor de joyas y vestidos?  
¿Sabeos bien el dinero?

DESAMORADA.

¡Y cómo!

MÉDICO.

Bueno,  
de vida sois ¡por vida de Galeno!  
sanaréis, sanaréis: buscad un hombre  
callado (si le hubiere en las boticas),  
y exprímidle entre dudas y esperanzas,  
que salga este licor provechosísimo,  
que es el amor finezas y regalos;  
que es eficaz remedio y muy notorio,  
y al lado le aplicáis un escritorio,  
y un jarabe tomad de dilaciones,  
y échenos cuatro ayudas de doblones.

DESAMORADA.

¡Ay, qué necio doctor! De esos remedios  
tengo yo desechados infinitos,  
y no me sanará toda la flota;  
quédese para necio y para idiota,  
que enferma quiero estar de desamores.

MÉDICO.

Gustosa es la rapaza.

DESAMORADA.

Bastan flores.

MÉDICO.

¿Cómo os fiáis, amiga, en la carilla,  
y en que ha de durar siempre! ¡Qué donaire!  
Niña, todo se acaba y se apresura,  
y más breve que todo, la hermosura.

DESAMORADA.

Que todos son civiles pensamientos.

MÉDICO.

Pues allá os lo dirán los escarmientos.

DESAMORADA.

Que no hay codicia.<sup>1</sup>

MÉDICO.

Vengan los años: nos harán justicia.

*(Váse y entra el VANO, sin quitarse el sombrero.)*

VANO.

Cúreme el tal doctor.

MÉDICO.

¿De qué dolencia?

VANO.

De vano y descortés.

MÉDICO.

¡Qué atrevimiento!

<sup>1</sup> Verso incompleto.

Vinistes con el mismo crecimiento.  
¿Sois calvo?

VANO.

¿Por qué causa lo pregunta?

MÉDICO.

¿Por qué causa lo digo, majadero?  
Porque hacéis cabellera del sombrero:  
cierto que sois persona desmañada,  
que un sombrero, infelices de los vanos,  
bien le podréis quitar con las dos manos.

*(Quitase el sombrero con dos manos.)*

VANO.

Remedio pido y no tanta parola.

MÉDICO.

En fin, ¿sois vano?

VANO.

Sí.

MÉDICO.

Pues al remedio:  
aprender cuanto fuere de fantástico,  
y oír lo que de vos murmuran todos.

VANO.

¿Y no es menester más?

MÉDICO.

Con eso basta.

VANO.

Á todo el pueblo las albricias pido.

MÉDICO.

Esta purga tomad por el oído;  
y si ella no os quitase esa modorra,  
os amortajen luego en una zorta.

*(Váse y sale el MALDICIENTE.)*

MALDICIENTE.

Cúreme vuestas de maldiciente.

MÉDICO.

¿Maldiciente y vivís?, extraña cosa,  
¿De qué género sois?

MALDICIENTE.

¡Gentil badajo!

Si maldiciente soy, seré hombre bajo.

MÉDICO.

Eso así habrá de ser, puesto que ha sido  
más alto que los nobles, pero bajo,  
que esta es mejor materia para un pulpito.  
¿Y en qué fundáis el ser maldiciente?

MALDICIENTE.

Sólo en donaire y ser bien escuchado.

MÉDICO.

Mejor diréis en ser desvergonzado.  
¿No véis que á un maldiciente, por mil modos,  
si bien le escuchan, le aborrecen todos?  
Y un maldiciente sólo, tantos hace,  
que una verdad castigue lo que él miente,  
pues todos dicen mal del maldiciente.

Si sois hombre de bien sanaréis luego  
con advertiros que os harán infame;  
que peligran las honras con tal mengua  
en el escollo vil de vuestra lengua;  
mas, pues, sois hombre bajo, es gran remedio,  
y medicina provechosa y rara,  
sajaros dos ventosas en la cara.

MALDICIENTE.

Digo que sano estoy. Mas decid, ¿cómo  
hablaré bien de aquí adelante?

MÉDICO.

Hermano,  
diciendo mal de vos y del verano.

(Váse y sale la AMA del DOCTOR.)

AMA.

¡Señor, señor, señor!...

MÉDICO.

¿Qué queréis, ama?

AMA.

Señor, un hombre de secreto pide  
que le curéis.<sup>1</sup>

MÉDICO.

¿Hombre secreto? ¿Qué decís, hermana?  
Mirarle bien si es hombre en carne humana,  
y si lo fuere, darle esta receta  
(para desopilarse de ese vicio);  
haga en la Corte un poco de ejercicio.

Sale el CRIADO.

CRIADO.

Oye, señor.

MÉDICO.

¿No es cosa para pública?

CRIADO.

No, señor, que á curarse de poeta  
viene un hombre.

MÉDICO.

¡Picaño! ¿Es sambenito  
serlo? ¿Toca á nos ese delito?  
¡Oh sagrada y divina Poesía!  
¡que la ignorancia os tenga en tal desprecio!  
¡Oh qué válida ciencia es la del necio!  
Que este oficio le infame el que le tiene,  
y hayan hecho por gala, y de pensado,  
campana de venganzas el tablado.

Entra el POETA.

POETA.

Guárdete Apolo.

MÉDICO.

Hermano, Dios me guarde,  
porque es persona de mejor cuidado.  
¿Qué sentís en las Ninfas?

POETA.

Gran desgracia  
y poca estimación.

<sup>1</sup> También este verso queda incompleto.

MÉDICO.

Estadme atento,  
porque gustillos son de entendimiento  
usar bien ese oficio soberano;  
ser poeta de bien, pues lo son muchos:  
guardad la boca y absteneos de sátiras,  
no sea menester purgar, en suma,  
con jarabe de acero vuestra pluma.

POETA.

¿No podré apetecer unas coplillas  
contra las rubias?

MÉDICO.

No, por ningún caso  
cabellos de oro dijo Garcilaso.

(Váse y sale el CRIADO.)

CRIADO.

Abreviando, Magister, que infinitos  
enfermos por consulta van viniendo.

MÉDICO.

Multitud ó languentiun, ve diciendo.

CRIADO.

De pensar que es dichoso con mujeres,  
quiere uno que le cure.

MÉDICO.

Yo no puedo,  
porque á los que padecen cosas tales  
sólo curan las jaulas de hospitales.

CRIADO.

Un otro, que teniendo mujer bella,  
quírela fea, y da la suya hermosa,  
y le hace mil desdenes y desprecios.

MÉDICO.

Eso toca á la cura de los necios.

CRIADO.

Otro quiere curarse de celoso.

MÉDICO.

Si es casado y lo muestra, es desahucio  
que con su enfermedad desconfiada  
sanará la mujer de ser honrada.

CRIADO.

Otro más, de cuñado.

MÉDICO.

Á ese cuñado  
que se cure de mal intencionado.

CRIADO.

Otro de miserable.

MÉDICO.

¡Oh triste! ¿Es rico?

CRIADO.

Es dueño poseedor de gran tesoro.

MÉDICO.

Llámale al miserable majadero,  
alcaide y dueño de su vil dinero;  
y porque no se afane el desdichado,

le dirás, con palabras muy sucintas,  
que mire á un hijo suyo echando pintas.

CRIADO.

Un farsante con tono viene enfermo.

MÉDICO.

¿De tonecillo?<sup>1</sup>  
Que se vaya á curar á Peralvillo.

CRIADO.

Un hombre grave y de luegos, algo<sup>2</sup>  
viene con calentura.

MÉDICO.

¿Luegos, algo  
con calentura? Tales bien se entienda,  
que no puede curar sin dejar prenda.

CRIADO.

Otro que piensa que lo sabe todo.

MÉDICO.

¿Qué buena vida pasará el bellaco!  
Entre esa bestia, pues.

Entra el CORTESANO SEGUNDO.

¿Qué sabio mozo!

¿Sois vos quien todo lo sabéis?

CORTESANO SEGUNDO.

El mismo.

MÉDICO.

Yo os probaré que no.

CORTESANO SEGUNDO.

¿Qué gracia tiene!

Eso, ¿cómo es posible?

MÉDICO.

En la experiencia,  
¿pensáis que todo lo sabéis?

CORTESANO SEGUNDO.

Sí, pienso.

MÉDICO.

¿Y sabéis que sois necio?

CORTESANO SEGUNDO.

En ningún modo.

MÉDICO.

¿Pues véis cómo ya no lo sabéis todo?  
De mentecato prometí curaros.  
Ya lo he cumplido; andad con Dios.

CORTESANO SEGUNDO.

Escuche,  
¿cómo sabré yo mucho?

MÉDICO.

Ya os escucho:  
sabed cuán necio sois, y sabréis mucho. (Váse.)

CRIADO.

De bruja quiere una mujer curarse.

<sup>1</sup> Otro verso incompleto.

<sup>2</sup> Ignoramos el sentido especial de estas palabras, como  
no aluda á alguna muletilla.

MÉDICO.

No quiero aventurar mi medicina,  
que volverá á enfermar de cada día.

CRIADO.

Otra de fea.

MÉDICO.

Dile que se muera;  
y antes será mejor, si no es muy moza,  
curar de desdichado al que la goza.

CRIADO.

Otra mujer de firme.

MÉDICO.

No la esperes,  
que es nueva enfermedad en las mujeres.

Entra la FIRME.

FIRME.

¡Ay!, ¡ay, señor doctor, con qué ansias vengo,  
que traigo de firmeza una apostema;  
que quiero á un hombre bien sólo por tema!

MÉDICO.

Aunque tenéis un mal tan imposible,  
usad para sanar de firme al punto,  
y el pecho en que sentís desasosiego,  
con cualquiera mujer os unten luego.

FIRME.

¡Ay mi señor doctor, ay doctor mío!  
¿Para sanar una mujer de firme,  
no más que una mujer es necesario?

MÉDICO.

Todo se ha de curar con su contrario.  
FIRME.  
¿Y si vuelvo á sanar y enfermo luego  
de mudanza y firmeza?

MÉDICO.

Con vos misma  
os untad, y si os diere pesadumbre  
encomendadlo á Dios y á la costumbre.

FIRME.

¿Hay más insigne médico en el mundo?  
¡Milagro, al gran milagro acudan todos!

Salen todos los del entremés y MÚSICOS.

MÚSICOS.

¿Qué voces éstas son, doña Quiteria?

FIRME.

Que ya de firme me sanó este médico,  
á quien la vida y la salud consagro.

MÉDICO.

La enfermedad, decid, que fué milagro.

MÚSICOS.

Todos salud y vida le debemos.  
¿En qué quiere el doctor que le paguemos?

MÉDICO.

En que bailen un poco,  
y aquí podrá cantar.

FIRME.

De buena gana.

MÉDICO.

Vaya una letra, buena cortesana,  
que sea de lo bueno y excelente,  
como Joannes me fecit Benavente.

*(Cantan y bailan.)*

MÚSICOS.

«Fuera, que va la niña,  
linda cara y pocos años,  
desatando nieve y rosas,  
con su donaire gallardo.  
Del tiempo y amor se rie,  
que no ven sus ojos claros,  
ni del uno vencimientos,  
ni del otro desengaños.

Date prisa niña, no tardes tanto,  
que de un día y otro, se hacen los años.

MÉDICO.

Y si ella lo duda,  
don Fulano del Tiempo  
vengan arrugas.

MÚSICOS.

Ni en edad, ni en belleza,  
ni en gracia fies,  
que también los de ochenta  
fueron de quince.

MÉDICO.

Y si ella lo duda,  
don Fulano del Tiempo  
vengan arrugas.

De las damas de ogaño, ¿qué te parece?  
Capadillo, pues juegan con seis y siete.  
¿Y las que se atapan en la comedia?  
Al rentoy, pues te muelen haciendo señas.  
A las viejas de ogaño, ¿qué las diremos?  
Setentona con guía, ni más ni menos.  
¿Qué hace un viejo en casarse con mujer moza?  
Dejar leña encendida donde hay estopa.

Y si ella lo duda,  
don Fulano del tiempo  
vengan arrugas.

Fin de la segunda parte del entremés de *Miser Palomo*.

## 84

III.—Famoso entremés  
de Getafe.<sup>1</sup>

COMPUESTO POR DON ANTONIO  
DE MENDOZA

*(Desde adentro dice un CARRETERO á voces.)*

CARRETERO.

Llama esos mulos, ten esos reatos.  
Bestia de un puto, ¡jo!, ¡dale, Antoñuelo!  
¡Oh pesia, voto, juro!, ¡dale, muchacho!<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Bib. Nac. Manuscrito 3.922.

<sup>2</sup> Tal vez se escribiese: «¡Oh pesia!, ¡voto!, ¡jo! Dale, muchacho.»

OTRO.

¡Ah, cochero hablador!

CARRETERO.

¡Mientes, borracho!

MOZO.

«Á Madrid caminando,  
vengo de Illescas;  
tengo el alma quedita,  
¡dale morena!

OTRO.

Calle de Getafe,  
gigante pardo,  
galería de polvo,  
golfo de barro.»

OTRO.

¿Ahora canta, pesia á su gazzate?

MÚSICO.

Aunque le pese, cuero fondo en tinto,  
cantar quiero y reir, y andar holgado,  
porque ni tengo amor ni so casado.

*Sale el CARRETERO.*

CARRETERO.

¡Oh, Getafe, Aranjuez del mismo infierno,  
jardín de tapias, selva de capotes,  
sayago en talle, en pulidez manchego,  
ribera de calor, campo de fuego!  
¡Maldiga Dios quien te fundó atalaya  
de Toledo y la corte á ser antípoda,  
de nubes socarronas,  
que llueven polvo y que granizan ascuas!  
¡Hijo de treinta hombres de las pascuas,  
saca cebada, pide luz al mozo!  
¡Voto á Cristo, que vienes hecho un cuero!

*Sale FRANCISCA.*

FRANCISCA.

Luego dirán que jura un carretero.

CARRETERO.

Si jura ó no, ¿qué debe de alcabala?  
¿Acaso es suya el alma?

FRANCISCA.

Será mía  
si yo quisiera toda el almería.

CARRETERO.

Menos bravura.

FRANCISCA.

No hay bravura menos,  
que deste airoso palmo de lindura,  
no hay alma, si es de bien, que esté sigura.  
Todo lo rindo, todo; que si deja  
de creerme algún tocho mentecato,  
se le doy á los otros de barato.

CARRETERO.

Tape, abrigue vucé la colerilla,  
ques la flor de Getafe.

FRANCISCA.

Y de Castilla,  
¡majadero!

CARRETERO.

Echaré cebada y paja,  
que luego, reina, se verá quien maja.

FRANCISCA.

Camine ya vucé, señor buen ánima,  
y no se atreva á mí, que á quien es necio  
le pego dos moadas de desprecio.

*(Vase el CARRETERO.)**Sale DON LUCAS.*

DON LUCAS.

¡Hola! Saca esa ropa, Escobarillo.  
¡Jesús, qué noche y qué calor! Parece  
que se ha soltado el mismo purgatorio.  
¡Cuál es el Getafílo! ¡Es una perla!  
De aquí fué natural la primer chinche.  
Patria de pulgas y solar de moscas,  
de sólo verte estoy, á fe de hidalgo,  
asado en tejas y en adobes frito.  
¡Oh maldito lugar!; no: ¡muy maldito!

*(Mira á FRANCISCA.)*

¿Este es Getafe?... Tápome esta boca,  
doime una bofetada por lo dicho.  
¡Oh príncipe del reino de Toledo,  
que tal belleza y hermosura cría!  
¡Oh, labradora de mayor cuantía!  
¿Tal perla en tan vil concha? ¡Oh zurdo tiempo!  
¿En Getafe, en Getafe esta muchacha?  
¡Por Dios que la fortuna está borracha!  
¡Oh qué pedazo tan airoso y lindo;  
qué garbosa, qué alegre, qué bonita!  
¡Oh bendita ocasión!

FRANCISCA.

No muy bendita.

Prosiga vuestasted el anatema,  
que si teme las pulgas de Getafe,  
todos participamos de esa tacha;  
que tiene muchas pulgas la muchacha.

DON LUCAS.

Sazón tiene la pícara, ¡por Cristo!  
quiero quererla; casi amarla quiero;  
estoy perdido á fe de caballero.

FRANCISCA.

Perdido no, que á lo que yo he mirado,  
antes me ha parecido muy hallado.

DON LUCAS.

¡Extremado brinquiño villanesco!  
Esto es lo que llamamos «esmeróse»,  
y me gusta por la fe de caballero.

FRANCISCA.

¿Más caballero? Dios se lo reciba.

DON LUCAS.

Tengo Castros, Guzmanes y Velascos.

FRANCISCA.

¿Qué probemente que le va de cascos!

DON LUCAS.

¿Socarronismo? Pláceme el gracejo.  
Ea, desvanecerse es lo que importa,  
y pienso, niña, que has de solazarme.

FRANCISCA.

Mía fe, que está borracho; no lo crea.

DON LUCAS.

¡Jesús!, no hay que pensar; que no eres fea.  
Quiero hacerte un favor; daca esa mano.

FRANCISCA.

Señor cien veces tonto cortesano:  
esas caballerescas presunciones  
las tengo yo rendidas en la suela  
de este breve distrito de chinela.  
Sazón, sazón no más, gusto *me fecit*.  
Afuera todo amante picardía,  
que soy, que soy no más que [solo] mía.

DON LUCAS.

¿Cómo, ignorante, bárbara mozuela,  
al Alejandro de Madrid no admities?  
En tu vida tendrás para confites:  
apetece, apetece un dinerante;  
llevaréte á Madrid, traeréte en coche,  
dirán á cuatro días:  
«Allí va la metresa de don Lucas»,  
que yo procuraré lo sepan todos;  
que los príncipes, niña, en publicaros  
en Madrid somos todos Condes Claros.  
Daréte el diamantón como este puño,  
y tanto, que en tu mano azúcar-nieve,  
brillen más que tus manos y ojos bellos;  
¡Bonitamente llevo á encarecellos!  
Desde San Salvador á San Felipe,  
tendrás horca y cuchillo en cualquier tienda  
en joyas, en vestidos, en tocados,  
bien re[ci]bidos, pero mal pagados.

FRANCISCA.

¿Ve cuánto ha dicho en fabla tan ridícula?  
Pues no valen ni montan sus despojos  
un solo cintarazo destos ojos,  
que ofrecidos sus rayos soberanos,  
antes llega á mis pies que no á mis manos;  
que mi cara, así Dios le dé ventura,  
es la calle Mayor de la hermosura.

DON LUCAS.

¡Ta, ta!... Si el interés, niña, baldonas,  
¡requiebro finos pides? Pues, *aténdite*,  
que en blandas quejas y en melosos quiebro  
llegaste al mismo Adán de los requiebro.  
Don Fulano de azúcar es mi nombre;  
va de dulzura; empiezo á derretirme.  
«Mi bien, mi cielo y todo el calendario  
de finezas; después que vi tus ojos,  
escuela de morir puso mi vida.  
¡Oh más dura que mármol!... parodié;  
desmáyoame, suspiro, pataleo:  
¡piedad, favor, oh ninfa getafeña!,  
que creo que me muero, que me abraso.»  
(No lo dijo más tierno Garcilaso.)

FRANCISCA.

Aun eso de amorido, seor compadre,  
me cosquillea todos los sentidos  
y me trabuca lo mejor dellánima.  
¡Qué bien lo ha dicho! En viéndole tan necio,  
tan pesado, prolijo y enfadoso,  
al punto le marqué por venturoso.

Cese lamentación, don Jeremías,  
que ese entendimientazo me ha dejado  
blanda como un guijarro de Torote.

DON LUCAS.

¡Qué de buen aire le tiré el virote!  
¿Yo le parezco bien?: ella me agrada.  
¡Oh, cómo ésta, picaña, afortunada!..

FRANCISCA.

¿Y no habrá cualquier abrazo?

DON LUCAS.

Derrengóse.

Sí, sí, abrazo: ¡pues no!, ya le recibo;  
vesme de par en par.

FRANCISCA.

Tomé. *(Dale una bofetada.)*

DON LUCAS.

¡Ah taimada!

Esto solía llamarse bofetada;  
más baja es la región de los abrazos.  
¡Jesús, que escupo muelas á pedazos!

Sale Doña CLARA.

Doña CLARA.

¡Oh, qué bien por mi amor!

DON LUCAS.

¿Es doña Clara?

Perdidos somos, ques desconfiadilla:  
cosas tiene de dama de la villa.

FRANCISCA.

Lindo es el sombrerete y capotejo.

CLARA. ¿Cansado de gallinas, abadejo?  
Pase adelante la historia,  
haya retozo y placer,  
habrá hecho de las tuyas  
cualque poco de interés.  
El tomillito salsero  
habráse dejado oler.  
¡Oh qué fácil serranía!  
¡Oh qué blanda rustiquez!  
Buen gusto, señor don Lucas;  
ya no podrá parecer  
al lado de ningún conde  
ni delante de un marqués;  
más asco tengo que celos.  
Seor don Lucas, quédese  
con la villana y sin mí.

FRANC. ¡Mirad con quién y sin quién!  
Pero escuche, no se vaya,  
señora cara de ayer,  
que hoy bien se ve que le falta  
el socorro de la tez.  
Esta carita á la muerte  
ha dado mucho que hacer  
ya á la fortuna de coces,  
y al tiempo de puntapiés.  
Mi brío y mi bazarria  
asombro del mundo es,  
y quien lo negare, miente.

Sale el CARRETERO.

CARRET. Eso yo lo juraré.

CLARA. Si es carretero, es muy fácil.

LUCAS. ¡Pléguate Cristo con él!  
No hables palabra, que el hombre  
zaina descubre la sed;  
echando lanzas de vino  
viene el diablo; dejalé.

CARRET. ¿Qué quiere esa gentecilla?

LUCAS. Servir á vuesa merced.

CARRET. A mí no me sirven ninfos.

Francisca, ¿ques esto? ¿Hay que

rebane de un cintarazo

ó cercene de un revés?

Porque si cojo al calcillas,

con un enviñ que le dé

le pegaré con las nubes.

LUCAS. ¡Buen pulso habrá menester!

CLARA. Yo pienso que no podrá.

LUCAS. Sí podrá; vos no sabéis

la fuerza de estos señores,

desalumbrada mujer.

CARRET. Pues aguarde la muy...

FRANC. Paso,

mi querido Alonso Andrés.

CLARA. En fin, quiere á un carretero.

CARRET. Pues, ¿qué había de querer?:

¿un marquesote en ayunas?

LUCAS. Tiene razón.

CARRET. Yo tendré

lo que quisiere.

LUCAS. Es muy justo.

CLARA. ¡Oh, qué ladrador lebre!

CARRET. Señora galga, ¡por Cristo

que la he de dar!..

LUCAS. Hará bien;

que es muy grande bachillera,

y recibiré merced,

quel señor don Carretero...

CARRET. No tengo don, ¡pesia él!

LUCAS. Pues yo sí, ques ya muy fácil.

CARRET. Es cuitado.

Entra el MESONERO.

MESON. Ténganse.

FRANC. No se tengan.

LUCAS. Sí se tengan;

por vuesa merced, esta vez

remito el enojo.

CARRET. ¡Cómo!

LUCAS. ¡Qué torpe que anda! ¿No ve

que no sabe meter paz?

MESON. Quedo, las manos se den.

LUCAS. Por el buen güesped envaino

la cólera que tomé.

CARRET. ¡Lindo bribón!

LUCAS. En mi casa soy alcalde y soy juez:

senténcioles á que bailen.

¿Hablo á sordos? ¿Qué cruel

está el señor maese Alonso!

FRANC. ¡Ea, bobo! Bailesé,

queste par de castañetas

por ti tengo de romper.

MÚSICOS. ¿Qué cosa?

LUCAS. No sé, pardiez;

vaya un bailecillo al uso,

que por mí bailará Inés,

Francisca ó cómo se llama.

FRANC. Canten, que yo bailaré. *(Bailan.)*

Afuera, afuera que salen  
dos mozueltas getafeñas,  
hermosura de los cielos,  
travesura de la tierra,  
sombrecito á lo valiente,  
juboncito á la francesa,  
avantall á lo celoso,  
donairito á lo de ¡mueran!  
Un mozo las acompaña,  
el primero que las toma,  
el postrero que las deja.  
Airosamente lo bailan,  
donoso lo menudean,  
cuando Belisa cantando  
les dice desta manera:  
«Quien quisiere del mundo gozar,  
ha de acudir, tener y pagar;  
no hay que dudar  
que ha de acudir, tener y pagar;  
no hay que dudar.  
Excusar requiebros,  
no hay que dudar,  
y acudir con tiempo,

no hay que dudar,  
poco de embeleso,  
no hay que dudar,  
mucho de dinero,  
no hay que dudar.  
Esto los mozuelos  
mandan pregonar.

quien quisiere del mundo gozar,  
ha de acudir, tener y pagar.»

Otra mocita en el baile  
mostrar quiere su destreza  
cantando al uso de corte  
en demandas y respuestas.

«¿Cuántos hombres le bastan  
á una muchacha?

No le bastan todos, si los engaña.

¿Y si bien ama?

Uno solo, mozuela,  
cabe en el alma.

¿Quien se vende, qué nombre  
tendrá más suyo?

Regatona del cuerpo, Judas del gusto.

Este es el mundo:

yo apetezco lo bueno,

que no lo mucho.»